



#### REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

#### AÑO 3.º—NÚMERO 2.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Enero de 1877.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

#### SUMARIO.

**El Prestamista**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Calvario y Redencion**, novela, por id.—**Á la Virgen de la Montaña**, poesía.—**Las alas de Ícaro**, por don J. de D. Ruiz.—**Variedades: El árbol milagroso**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

Cediendo á los deseos de algunos de nuestros suscritores, que desean poseer el siguiente artículo, lo reproducimos hoy en las columnas de nuestro periódico.

#### EL PRESTAMISTA.

##### UNA HISTORIA COMO HAY MUCHAS.

Entre los infinitos cánceres que destruyen el hogar, y que matan el porvenir y asesinan la felicidad de las familias, ninguno tan repugnante, tan rápido y tan mortal como la usura; ese tráfico culpable en que el hombre comercia con la desgracia del hombre; en que hace del infortunio un objeto de lucro; en que amasa el pan de los festines de su vida con la sangre y el sudor, y el llanto del desgraciado, y en que crea una fortuna sobre las ruinas y los escombros de la

fortuna de sus hermanos, minada, destruida y deshecha, con la carcoma insaciable del tanto por ciento.

El bandido que entre la espesura de los bosques, en la soledad de los caminos y en medio de las sombras de la noche exige su oro al viajero ó su riqueza al hacendado, nos parece menos culpable y menos repugnante que esos bandidos de levita, que á la luz del sol, escudados por la impunidad, y con la tranquilidad del que nada teme, arrebatan al infeliz que se amparó de ellos, no una parte de su haber, sino lentamente y dia por dia, el fruto entero de sus afanes, de sus vigiliias, y hasta ¡triste es decirlo! á veces, el lecho en que reposa, el techo que le cobija, el harapo con que cubre á sus hijos, la honra despues.... la vida acaso!

La mayor parte de las culpas, la mayor parte de los crímenes cometidos en nuestra sociedad, se evitarian sin duda, si antes de ejecutarlos tuviera la mente un instante de reflexion, la razon un punto de calma; pero el avaro, el usurero, tiene tiempo de reflexionar, de meditar con calma; mas lejos de arrepentirse de su infamia, su reflexion se reduce á perfeccionar el cálculo ó la idea que doble en menos tiempo su riqueza, ó



que deje caer mas pronto en sus arcas el óbolo miserable del necesitado.

Sin corazon, porque acostumbrado á ver las lágrimas, ninguna desgracia le conmueve; sin amigos, porque no los hay para él; sin Dios, porque su dios es la ganancia; sin conciencia, porque su conciencia está embotada, cruza la vida sin mas esperanzas, sin mas afectos, sin mas amor que el del oro, duro, insensible y frio como su alma.

Y no penseis tampoco que su afan encuentra una disculpa en el anhelo de comodidades, de goces, no: para el usurero, para el avaro no existen placeres ni bienestar: miserable en sus aspiraciones como en sus instintos, trocaria en su ambicion todas las dichas de la tierra por algunas monedas de oro, y venderia, en su positivismo, todas las felicidades del cielo por un pagaré ó por una letra á la vista.

Y no se crea que estos asertos, dictados por nuestra conviccion, son exagerados ó falsos, no; los hechos que vamos á referir, terribles, pero ciertos; dolorosos, pero verídicos, serán una prueba de la justicia que encierran nuestras palabras.

Hace pocos años, muy pocos, vivia entre nosotros una familia honrada y feliz, á quien muchos conocian y á quien todos envidiaban, compuesta de un matrimonio jóven aun y de dos hijos, Ana y Julio, hermosos como la creacion de un artista, y buenos y cariñosos como sus padres.

Una corta fortuna, adquirida en muchos años de trabajo sobre el mostrador de un modesto comercio de telas, bastaba, no solo á cubrir sus necesidades, sino á asegurar á los dos jóvenes un honrado porvenir.

Julio debia ser médico: Ana estaba destinada á ser esposa del hijo de uno de los corresponsales de su padre, á quien amaba desde niña.

Pero la desgracia lo habia dispuesto de otro modo.

Á causa de algunas pérdidas imprevistas, y de algunas especulaciones desgraciadas, el señor de B., á quien llamaremos, callando su verdadero nombre, don Pedro solo, se vió un dia en un apuro terrible, teniendo que hacer algunos pagos, de los cuales dependia el crédito de su casa, su buen nombre, su porvenir, y sin poseer los fondos necesarios para efectuarlo.

Era la vez primera que esto sucedia, y el pun-donoroso comerciante buscó todos los medios posibles para evitarlo.

Después de recurrir en vano á la amistad, recurrió á la usura.

Pero como el caso era urgente, como el no tener al dia siguiente el dinero necesario seria

acaso la ruina de aquel honrado padre de familia; como por otra parte, éste no tenía mas garantía que su buena fé, ni mas fianza que su palabra, las condiciones impuestas fueron crueles y el contrato arruinador.

Don Pedro accedió á todo, obligado por las circunstancias, y no titubeó en adquirir aquella cantidad con un crecido rédito.

Y con todo, en aquel dia se creyó salvado.

Era la única vez que tomaba en su mano el oro del gabelista, y no sabia que aquel oro quemaria sus dedos como el fuego, y como el fuego tambien consumiria su fortuna.

Los dias se suceden con extraña rapidez, y antes que él desgraciado comerciante hubiese tenido tiempo de pensarlo, pasó un año y se halló con una deuda mayor de la que habia contraído!

Esto le espantó! Sin embargo, aun tuvo esperanzas.

—Trabajaré con afan, se dijo; economizaré, inventaré nuevas especulaciones, y podré pagar!

Mas ¡ay! ¡vana ilusion! si en el año primero no habia logrado solventar su deuda, ¿cómo en el segundo, siendo doble ésta, iba á poderlo conseguir?

Trabajó mucho, pasó interminables noches en vela haciendo cálculos, formando números, pero todo era inútil.

La suma que debia pagar era superior, y con mucho, á los ingresos que podia adquirir.

¡Ni aun para cubrir la mitad del rédito alcanzaba el producto de tanto afan!

Habló de ello á Martorell, pero este se encogió de hombros y solo contestó:

—Eso no es cuenta mia.

Don Pedro suplicó, rogó, hizo nuevas promesas, y solo pudo conseguir que aquel hombre tomase todo el fruto de sus trabajos y desvelos de un año entero, y que el pagaré firmado anteriormente se renovase con mas onerosas condiciones.

El infeliz empezó entonces á conocer la verdad y á sentir en su garganta aque!la presion que le ahogaba.

Ana y su madre le consolaron haciendo lucir ante sus ojos de nuevo la luz de la esperanza, aunque débil y vacilante ya!

Las dos mujeres que rivalizaban en virtud y amor, quisieron rivalizar tambien en valor y abnegacion.

Se privaron de las cosas mas necesarias á la vida, se dedicaron á las faenas mas rudas, hasta escasearon su modesto alimento para ayudar al infeliz don Pedro!

Julio tambien deseó contribuir de algun modo



la salvacion de su padre, y todo el tiempo que sus estudios le dejaban libre, lo dedicaba á llevar los libros y la correspondencia, evitando así un gasto inútil en su pequeña tienda.

¡La suerte no quiso, sin embargo, favorecer aquellos esfuerzos!

¡La fortuna, como los volubles amigos, vuelve la espalda al desgraciado!

El aire de tristeza que se advertía en don Pedro, la angustiosa preocupacion que habia llegado á dominarle, alejaron de su casa á sus antiguos parroquianos, y empezaron á minar la seguridad que ésta habia inspirado hasta entonces á sus corresponsales. Algunos alejaron de ella sus fondos, otros la retiraron su confianza.

La escala de la desgracia es muy rápida de bajar! Sus peldaños son muy pendientes y resbaladizos! Cuando llegó el plazo estipulado entre Martorell y don Pedro, éste solo habia podido reunir una corta cantidad para entregarla á aquel en pago de los réditos vencidos.

Martorell no se conformó, y amenazó con acudir á los tribunales, si en el término de dos dias no se le satisfacía enteramente.

La afliccion de aquella familia no tuvo límites! qué iban á hacer? qué partido podian tomar?

Don Pedro, con la cabeza caida sobre el pecho, perdido el valor, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, abandonando su mostrador, lloraba como un niño en medio de su desesperacion. Lloraba su porvenir destruido, su nombre cubierto de vergüenza, su buena fé puesta en duda! Lloraba veinte años de trabajo, perdidos en un solo dia!

Su pobre esposa gemia á su lado sin atreverse á pronunciar una palabra, y sus hijos, desesperados, no hallaban un consuelo para combatir aquel dolor.

De pronto Julio se levantó, hizo una seña á su hermana, y ambos salieron de la habitacion.

—Ana, dijo el jóven con afán; he hallado un medio para salvar á nuestro padre.

—Cuál? preguntó ella con ansiedad.

—Escucha: hace mucho tiempo que nuestra madre ha ido depositando en casa de un notario pequeñas cantidades, hasta reunir seis mil reales para librarme de la suerte de soldado. Ella, en su turbacion, acaso no ha pensado en esto; acaso duda en este instante en que se decide mi porvenir, entre el esposo á quien ama y el hijo á quien idolatra.

—Y bien?

—Yo tengo los recibos, los sacaré en su nombre y los llevaré á Martorell.

—Y.... si por desgracia hoy...?

—Cumpliré mi suerte!

—Y si Martorell no cediese?

Julio bajó la cabeza sin saber qué responder.

—Escucha, dijo Ana: yo tambien puedo hacer algo.

—Tú!

—Tambien nuestra pobre madre, con su previsora ternura, hace mucho tiempo y poco á poco, ha ido formando mi canastilla de novia. Seis ú ocho años de trabajo le han hecho valer mucho! Hoy tambien me desharé de ella y de algunas alhajas que debia lucir el dia de mi boda.

—Y si Jorge...?

—Calla! murmuró Ana conteniendo en vano una lágrima; calla! no hables ahora de mi casamiento. Dios sabe si es ya imposible!

Los dos jóvenes guardaron un momento de silencio.

—Con todo esto, dijo al fin Ana, podemos reunir hasta diez mil reales, y con esta suma tal vez ese hombre quedará satisfecho por ahora, y no procederá contra nuestro padre.

—Oh! sí: cómo ha de exigir mas? no le ha entregado ya todo el fruto de sus afanes de dos años enteros?

Los jóvenes sintieron que una dulce alegría premiaba su sacrificio. Iban á salvar á su padre, á verle de nuevo contento y tranquilo! Esta idea les halagaba, esta creencia les fortalecia.

(Concluirá).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á María.

Acabo de leer tu carta, mi amada hermana, y á mi vez voy á consagrarte las horas que tengo libres.

¡Cuánta amargura y cuánto duelo adivino á través de estos renglones, trazados por tu mano, y en los cuales, á pesar tuyo, se trasparenta tu alma!

¡Pobre niña! exhalas un grito de dolor y quieres apagarlo luego para que no llegue á mi oído.

Hablas de mi sacrificio y te olvidas del tuyo! Por ventura, ¿no has hecho tú mucho mas que yo al salir de nuestra casa, vendiendo tu pensamiento, tu tiempo y tu voluntad por algunas monedas de plata, y por un pedazo de pan? tu situacion es mas triste que la mia: yo viviré trabajando, pero tú vejetarás muriendo entre esos seres que te consideran como un mueble de lujo



ó de uso diario, añadido á los que decoran sus salones: en una máquina que habla, pasea, juega ó lee, segun el movimiento que la dan.

¿Y es posible que esto suceda? ¿es posible que tú, tan bella, tan distinguida, tan inteligente y tan espiritual te resignes á esa existencia de perpétua humillacion y de trabajo perpétuo?

¡Ay! sí: si lo es, hermana mia: como es posible que los ángeles bajen del cielo á confortar y á socorrer á los desgraciados mortales.

Tú eres un ángel, María, y tu santa mision quedará cumplida al sacrificarte y al vivir mártir por nuestra madre.

Nuestra madre ¡ay! al pronunciar su nombre, no puedo menos de pensar en nuestra última entrevista.

¿Te acuerdas? ella queria darnos valor para soportar la despedida, y sin embargo, lloraba en silencio. Era la primera vez que nos separáramos de su lado, y sin esperanzas de volver á vernos en mucho tiempo! nos bendijo con su temblorosa y noble mano, y nos exhortó á obrar siempre digna y honradamente. ¡Oh! puede estar segura que la obedeceremos siempre, siempre!

Pero hablemos de otra cosa: de tí, de los seres que te rodean.

Sabes, mi dulce hermana, que la condesa Amelia, á pesar de su hermosura, vale bien poco á mis ojos? ¿Qué son las dotes del rostro comparados con las del alma? ¡nada! esa mujer se asemeja, sin duda, á una de esas bellas flores artificiales que se ostentan en los salones: son muy hermosas, pero que carecen de frescura, carecen de aroma, y por consiguiente, no perfuman ni embalsaman el lugar en que se encuentran.

Junto á esa mujer debe sentirse frio en el alma.

En cambio, quisiera estrechar la mano de su esposo con todo mi corazon; ¿á quién no interesa la desgracia? hálame mucho de él.

Ahora, yo tambien quiero presentar á tus ojos las personas que componen la familia de mi principal, y el recibimiento que he tenido en ella.

El señor don Felix de Aguilar es un hombre riquísimo; pero un verdadero hombre de negocios.

Para él no existe nada fuera de los números, fuera del tanto por ciento.

La persona que me recomendó á él y por quien he obtenido el puesto que ocupo en su casa, le ponderó mi actividad y mi honradez, y con estos títulos solo he sido bien recibido aquí. No se ha cuidado, pues, de pedirme otros antecedentes, y por eso, sin recurrir á una falsedad, he po-

dido guardar el secreto de nuestro pasado. Yo no soy aquí ni seré nunca el marqués de Alba-Luz; soy tan solo Fabian de Osorio, el secretario de don Félix, que come con sus dependientes, que ocupa un cuarto en el segundo piso de su casa, y que por ocho horas de trabajo diarias, tiene derecho á recibir veinte y cinco duros al mes.

Por lo demás, la casa es grande, decorada con gran lujo y poblada de criados; pero yo no tengo derecho á pisar sus magníficos salones; ¡qué puesto ocuparia yo allí!

Ayer, cuando llegué y me presenté al señor do Aguilar, fijó en mí sus ojos de mirada penetrante y profunda, me señaló mi sitio, y me informó de los trabajos que debia desempeñar. Yo ocupé mi lugar y emprendí mi trabajo con un ardor febril; queria salir airoso de esta prueba, y que don Félix quedase satisfecho de mí.

Además, era la vez primera que trabajaba para mi madre: era la vez primera que mi afan iba á serle útil, y este pensamiento me sostuvo y dió ligereza á mi mano y lucidez á mi pensamiento.

Cuando terminé, cuando el señor de Aguilar se acercó para examinar lo que habia hecho, mi corazon latia con violencia, y esperaba temblando el fallo de aquel hombre, de quien iba á depender mi porvenir.

¡Cuán tristes, hermana mia, fueron aquellos instantes!

Por fortuna, hizo un gesto de aprobacion, y mirándome fijamente,

—Bien, dijo, estoy satisfecho; suba V. á su habitacion; un criado le indicará el camino; descanse V. esta noche, y mañana á las ocho, baje V., porque es la hora en que empieza el trabajo todos los dias.

Me incliné en silencio: agitó el cordon de una campanilla, y dijo á un criado que se presentó:

—Acompañe V. al señor al cuarto que tiene destinado.

Saludé sin decir una palabra y salí del despacho. Atravesé infinidad de corredores y antecorredores, y al cabo de algun tiempo, me encontré en una estancia reducida, á donde habian llevado ya mi cofre y algunos objetos míos.

¡Qué distinta me pareció esta habitacion de la que ocupaba en nuestra casa!

Aquí hay mas lujo acaso, pero menos bienestar. Aquí, tu mano previsora, hermana mia, no habia mullido el lecho ni plegado las blancas cortinas de la ventana: aquí echaba de menos algo que me hablase de vuestro amor; aquí, sobre todo, nuestra madre no vendria á santificar mi sueño con una caricia y una bendicion.

Me recogí, sin embargo, pensando en vosotras



y prometiendo levantarme temprano para no faltar á mi obligacion.

Aun no era bien de dia cuando me desperté, abrí mi ventana y dí gracias á Dios porque caía al jardin, y los árboles y el cielo de aquí, parecían saludarme en nombre de los árboles y el cielo que rodean nuestra casita.

Me ocupé algun tiempo en arreglar mi traje y luego miré el reloj: acababan de dar las siete y media; aun tenia media hora de libertad.

Me dirigí de nuevo á la ventana; queria enviaros un recuerdo en los primeros rayos del sol.

De pronto llamó mi atencion un grito inarticulado, pero triste y doliente, que escuché hacia el fondo del jardin.

Dirigí hácia allí la mirada, y ví un espectáculo que llamó vivamente mi atencion.

En una calle de árboles, y sentada en medio del césped, una niña como de unos diez años de edad, pugnaba por desacer su mano de la de una mujer, que intentaba, al parecer, llevarla de allí. Un hermoso perro de Terranova, parecido á nuestro Tom, se hallaba á su lado mirándolas atentamente, dispuesto, al parecer á defender á aquella criatura, y lamiéndola el rostro y la mano que la quedaba libre, y que ella apoyaba en el suelo.

El aspecto de la niña era débil y enfermizo. Su palidez y su vestido de riguroso luto contribuían á aumentar la blancura de su rostro, sin expresion ni alegría; y sus ojos azules, desmesuradamente grandes, pero sin animacion ni vida, inspiraban un sentimiento de lástima que angustió mi corazon.

Sus labios blancos como el papel no pronunciaban una frase; pero sus gritos eran cada vez mas angustiosos, á medida que eran mayores los esfuerzos de su compañera por levantarla de allí.

Yo presenciaba aquella escena conmovido y triste; ¿quién era aquella niña? ¿por qué la trataban con tan poco amor, cuando tan enferma y débil aparecia?

Una tercera persona, apareciendo á mi vista, vino á aumentar mi admiracion.

Era una jóven, medio envuelta en un elegante peinador, bellísima, arrogante, llena de fuerza y de existencia; la verdadera antítesis de aquel pobre ángel vestido de luto.

Se adelantó algunos pasos, y dijo con voz imperiosa y vibrante:

—Qué es esto? ¿qué significan esos gritos? ¿por qué Angelina se encuentra aquí?

—Perdone V., señorita, es que no quiere volver á su estancia.

La jóven entonces fijó una mirada severa en

la niña, y ésta, asustada, tembló y dejó de gritar, inclinando su rubia cabeza sobre el pecho.

—Llévela V., dijo con el mismo tono; llévela V. al punto y si se resiste será preciso castigarla, añadió con un ademan expresivo, que hizo replegarse á la niña.

La criada la tomó en sus brazos entonces, y la condujo sin que opusiera la menor resistencia. La vista de la jóven parecia infundir un inmenso terror, porque sus ojos se fijaban en ella suplicantes y llorosos.

Al movimiento que hicieron al levantarla noté que su cuerpo no tenia accion, y que pesaba entre los brazos de su conductora como una masa inerte.

La llevaron al interior de la casa, y el perro la siguió tristemente.

En aquel momento dieron las ocho y nada mas pude ver.

¡Oh, María! mi dulce hermana; si supieras cuánto me ha impresionado la vista de esa infeliz niña! no sé por qué, pero adivino algo de doloroso y amargo en aquella frente de diez años.

¿Será hija del señor de Aguilar? quizá no, porque la tratan con harta crueldad.

¿Quién será esa jóven que tan fatal influencia ejerce sobre ella y la hace temblar con su sola presencia? Yo te lo diré todo, porque te confieso que estoy vivamente interesado en saber la verdad, y que este empeño servirá para distraer mi ánimo, y para consolarme pensando que hay una desgracia mayor que la mia.—*Fabian.*

(Continuaré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á LA VÍRGEN DE LA MONTAÑA.

Serpeando entre juncias

á su albedrío,

bajan las claras ondas

del manso rio.

Su cauce verde

se extiende tanto, tanto

que al fin se pierde.

Mas oye lo que dicen

en blando arrullo,

esas ondas que ruedan

con tal murmullo.

Que el oleaje,

es la expresion sonora

de su lenguaje.

«Esencia desprendida  
soy del rocío;





las nieves de la sierra  
me hicieron rio:

»De Dios la mano,  
me empujó soberana  
del monte al llano.

»Y al desatar los lazos  
de mi corriente,  
esto el Señor me dijo  
con voz potente:

«Desciende y baña  
la falda de la Virgen  
de la Montaña.»

»Yo, cumpliendo las leyes  
de mi destino,  
bordo con plata y perlas  
tu pié divino.

»Y trasparente,  
vengo á ser el espejo  
de tu alba frente.

»Y extendiéndome luego  
por la llanura,  
esto al son de las guijas  
mi voz murmura:

«Reina del cielo,  
haz que por donde pase  
floresca el suelo.

»Que eres gérmen de vida,  
flor de las flores,  
manantial siempre vivo,  
fuente de amores.

»Bendita sea,  
la Virgen en quien tanto  
Dios se recrea.»

Esto dice el arroyo  
que alegre gira,  
y en sus aguas la Virgen  
tierna se mira.

Con su presencia,  
toman las limpias ondas  
mas transparencia.

## LAS ALAS DE ÍCARO.

El pasadizo de Bastour es una especie de callejuela que desemboca en la calle de San Denis, y casi exclusivamente habitada por obreros *en chambre*, es decir, fabricantes por su cuenta y en su casa.

En Paris, la industria del obrero *en chambre* es una de las mas importantes y difíciles. Re-

uniendo sobre sí solo las cargas del fabricante y del jornalero, obligado, como el primero, á hacer adelantos, abrir créditos y soportar quiebras; y como el segundo á trabajar sin descanso, lucha trabajosamente contra unas obligaciones tan multiplicadas. Pero estas mismas dificultades le dan una actividad y un espíritu de orden que raramente se encuentra entre los demás trabajadores. La libertad del trabajo, la responsabilidad aceptada para con los demás y para con él mismo, el pensamiento de que su celo acabará de asegurarle un porvenir, todo contribuye á excitarlo, animarlo, y si hace un esfuerzo mayor, es por lo ordinario en provecho de su inteligencia y de su moralidad.

Estéban y Francisco Lefebre podrian ser citados como ejemplo de esta opinion, establecidos hacia cinco años en el pasadizo de Bastour, habian tenido que soportar crueles privaciones, y todos sus esfuerzos no habian podido todavia ponerlos á la cabeza de un capital suficiente para fabricar con comodidad; pero la independencia del trabajo y la esperanza de la recompensa los sostenian en su ruda tarea. Volvíanse cada dia mas industriosos; mas confiados; porque la lucha que exaspera á los débiles y flojos, no hace mas que excitar á los valientes.

Eran primos los dos y habian tomado á su cargo, hacia algunos años, una anciana parienta paralítica, llamada Marta, á quien llamaban amistosamente, abuelita. Marta no podia hablar ni moverse; pero sus pensamientos se reflejaban en sus ojos con elocuentes palabras, que los dos primos estaban habituados á comprender. Segun cumplan sus deberes con mas ó menos celo, la mirada de Marta se tornaba triste ó alegre; era como un espejo de sus conciencias; leian en él el juicio que debian formar de ellos mismos.

Por lo demás, su existencia era demasiado uniforme, para producir ninguna nube sombría en la mirada de la abuelita. Su principal placer, despues de las horas del trabajo, era la lectura. Repasaban por la vigésima vez algunos volúmenes descuadernados de nuestros poetas, comprados á los revendedores, ó repetian juntos algunas de nuestras canciones nacionales. Pronto se ensayaron ellos mismos en someter sus inspiraciones á las leyes de la rima, y estos ensayos, al principio groseros, tomaron insensiblemente un carácter mas correcto y sencillo. El aire que hacia brotar de algunos años á esta parte tantos poetas obreros, sobre todos los puntos de Francia, habia tambien atravesado el pasadizo de Bastour y encendido el entusiasmo de los dos primos.

El de Estéban era mas sóbrio pero mas firme;



el de Francisco mas poético, mas impetuoso. Insensiblemente la inspiracion, que estaba destinada para las horas desocupadas, fué invadiendo las del trabajo: arrastrado por el encanto de esta embriaguez intelectual, olvidaba las obras prometidas, su punzon permanecía ocioso sobre el metal, y cada noche se encontraba con que habia cincelado menos y versificado mas.

Estéban le amonestaba algunas veces, pero con dulzura, porque á él mismo le gustaba oír recitar las estrofas compuestas por Francisco; aplaudíalo con aquel calor ingénuo de la admiracion que no empaña los celos, y animaba imprudentemente un ardor que hubiera sido mejor contener.

Al volver un dia de sus correrias casa de los maestros que le daban trabajo, supo que uno de ellos habia venido á buscar á Francisco para hacer algunos reparos en una rica armadura, cuyo propietario no queria dejar salir de su gabinete. El jóven obrero estuvo algunas horas ausente; pero al fin llegó jadeando y con la vista inflamada. Desde el momento que divisó á su primo le gritó:

—Vengo de su casa! Le he visto!

—Á quién? preguntó Estéban.

El jóven obrero nombró uno de los escritores mas célebres de la época, cuyas obras habian ocupado siempre el primer lugar en la reducida biblioteca de los dos primos.

Estéban no pudo reprimir un grito.

—Dónde lo has visto, cómo, con qué motivo? replicó vivamente.

—Con el de una armadura que queria hacer reparar, respondió Francisco.

—Qué! era él?

—Y le he hablado!

—Tú!

—He hecho mas, le he escrito.

—Cómo?

—Sí; despues de haber colocado las piezas desmontadas, improvisé seis estrofas, que he escrito mal y de prisa sobre una de nuestras facturas, depositándolas en la manopla.

—Y las ha leído?

—Es decir que las leerá, porque me he venido al instante.

Esta aventura fué el objeto de la conversacion de los dos trabajadores durante toda la tarde; se figuraban la sorpresa del académico al encontrar esta improvisacion poética. Quizás escribiría á Francisco, tal vez querria volverlo á ver! Estéban envidiaba la dicha de su primo y le preguntaba mil detalles. Queria conocer la talla, el aire, el metal de voz de su autor favorito, y se hizo repetir diez veces las palabras que habia

dirigido á Francisco; hubiera querido encontrar al gran poeta hasta en el modo de mandar la reparacion de una armadura.

Al dia siguiente se entabló la conversacion sobre el mismo asunto. Durante el trabajo, colocados delante de sus bancos, ambos primos repetian los mas hermosos trozos del ilustre escritor, cuyos versos sabian de memoria casi en su totalidad; despues, embriagados con esta melodia, empezaron á repetir los suyos propios, con ese calor con que se quiere hacer valer nuestras propias obras.

Tres golpes dados en la puerta les interrumpieron. Francisco se volvió diciendo que entrasen. Pero al ver al visitador detenido en el umbral, dejó caer la herramienta que tenia en la mano.... Era el dueño de la armadura.

Á su nombre balbuceado por el jóven obrero, Estéban se levantó de un salto, descubriéndose con una exclamacion de admiracion y alegría, mas significativa que todas las palabras. El hombre célebre saludó graciosamente.

—Á vos era á quien buscaba, dijo reconociendo á Francisco; vengo á daros gracias, caballero, por los hermosos versos que me dejásteis ayer como esquila de visita.

Francisco, turbado, se excusó de su atrevimiento, mientras que Estéban alargaba una silla al reciénvenido. Fué necesario algun tiempo para que los dos primos pudiesen reponerse de su emocion; pero fueron ayudados por la acalorada benevolencia del poeta, á quien habian impresionado seriamente las estrofas escritas por Francisco. Interrogó á este con un celo que no tardó en animarlo. El jóven obrero contó como él y su primo habian llegado á rimar sus pensamientos y adquirir esta forma del verso, al principio tan rebelde. El académico quiso oír sus composiciones mas recientes, y pareció poseído de un verdadero entusiasmo. Declaró que los dos jóvenes no podian continuar grabando el cobre y el acero, cuando Dios los habia evidentemente destinado á mas alta mision; que debian dar á la Francia un Burns y un Wordsworth; que por su parte queria colocarlos en su lugar, como Júpiter habia hecho en otro tiempo con los gemelos de la fábula. Añadió que entretanto él se encargaba de la venta de sus versos, y no se retiró hasta que convinieron en el dia en que irian á llevarle sus manuseristos.

Cuando quedaron solos ambos primos, se abandonaron á unos trasportes de alegría, cuyo ruido llegó hasta la habitacion de la anciana Marta, que quiso saber la causa, y Francisco se puso á contarla con exaltacion la dicha que les esperaba. Pero con gran sorpresa suya, la anciana



no dió señal alguna de satisfaccion.

—No me ha comprendido! dijo en voz baja á Estéban.

—Lo crees así? preguntó éste.

—No ves que no nos dirige ninguna felicitacion?

Estéban miró á la abuela, que parecia muy pensativa, y él mismo se puso reflexivo.

Francisco pasó una parte de la noche en reunir sus poesías y en corregirlas; cuando se levantó al dia siguiente, creyó encontrar á su primo dedicado á la misma ocupacion; pero con grande sorpresa lo vió delante de su banco.

—Y bien! exclamó; qué haces ahí?

—Acabo el trabajo que debemos entregar esta noche, respondió Estéban.

—El trabajo! murmuró Francisco; pero desgraciado, ¿has olvidado que hemos cambiado de oficio?

—Yo no; contestó tranquilamente el joven obrero.

—Qué quieres decir?

—Que he reflexionado desde ayer, primo, y que, todo bien considerado, quiero mejor permanecer siendo lo que soy.

Francisco retrocedió estupefacto.

—Hablas con seriedad? exclamó. Qué! cuando un gran génio nos abre una gloriosa carrera, rehusas entrar en ella? Prefieres el trabajo material y de la bestia de carga al del pensamiento? Te se ofrece un lugar entre los reyes de la inteligencia, y persistes en permanecer en el último rango?

—Porque en este último rango está mi lugar, respondió Estéban; porque en él estoy seguro de mi capacidad; porque, en fin, toda mi educacion ha sido la de un trabajador, y no la de un literato.

—Es decir, exclamó Francisco; que debemos ser los esclavos de la suerte? Poco importan nuestras inclinaciones, nuestra aptitud: es necesario permanecer encadenados en la condicion que las primeras circunstancias nos han impuesto; y si Andrés Chénier hubiera aprendido á torner los metales, le hubieras impedido renunciar á ellos para dedicarse á componer sus versos?

—Á eso podria responderte que los Andrés Chéniers son raros, primo, replicó Estéban sonriendo; y que frecuentemente confundimos un simple gusto, con las inspiraciones del génio. Quiero, sin embargo, creer en los elogios que nos prodigaron ayer, y siempre estarán grabados en mi memoria como un dulce recuerdo; pero la viva imaginacion del visitador, ¿no ha exagerado nada? ¿Crees que la sorpresa de encon-

trar unos poetas con blusa, no haya tenido alguna parte en sus alabanzas? ¿No habrá influido en ello el contraste de nuestra profesion con las facultades cuya prueba hemos hecho? ¿Crees, en fin, que tus versos, remitidos por un académico, hubieran excitado hasta el mismo punto sus simpatías?

—¿Qué importa, si las merecen? replicó vivamente Francisco; los excesos de las alabanzas de un protector no deben hacer renunciar la proteccion.

(Concluirá.)

Juan de D. Ruiz.

## VARIEDADES.

### EL ÁRBOL MILAGROSO.

(Conclusion).

Á su leve contacto la tierra se conmueve, los veneros de su seno se abren estremecidos, y las aguas, cubiertas con su manto de espumas, acuden presurosas á besar las plantas de su Señor.

Un claro manantial inunda el desierto, y su armonioso murmullo se mezcla al canto que en accion de gracias eleva hasta el cielo la Virgen sagrada.

Los castos labios de María besan el cristal del sereno arroyuelo.

Apaga en él su sed ardiente y la sed de su tierno hijo, y madre amorosa, en su amante desvelo, lava en el agua que corre serena, los blancos pañales del divino Niño.

Los extiende despues sobre la menuda arena, ansiando secarlos á los rayos del sol; y algunas gotas, claras y transparentes como las frescas perlas del rocío, se desprenden del humilde lienzo y caen sobre el suelo, que las bebe ansioso y lleno de orgullo por tan alto favor.

Y de cada hueco donde aquellas gotas de agua caen, brota instantáneamente un arbusto frondoso, cargado de pomposas ramas, de verdes hojas y de hermosas flores.

Y aquel árbol que crece eternamente en el desierto, se llama el Árbol milagroso, porque sus frutas y sus flores devuelven la salud á los enfermos y dan la vida á los moribundos.

Y el viajero se cobija bajo sus ramas, y el árabe levanta su tienda junto á él, y el peregrino busca su fresca sombra, y todos á una voz bendicen al tierno niño, cuyo pié, hiriendo la tierra, hace brotar en medio del desierto claros manantiales, que apagan la sed del caminante, y flores en el erial que le den la salud y le den la vida.

El ardiente sol de Judea desapareció lentamente de su sereno cielo: la brisa se tornó fresca y suave: las auras de la tarde se extendieron por el espacio, y los santos viajeros siguieron su camino con direccion á los campos de Egipto.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

### GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,  
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.